

Sverre Fehn

premio Pritzker

Sverre Fehn, arquitecto noruego de 72 años, profesor desde 1971 en la Universidad de Oslo ha recibido el último premio Pritzker. Su obra más conocida es el Museo de los glaciares en Fjaerland (Noruega) pero es posiblemente en la realización de viviendas particulares donde el arquitecto se siente más cómodo. Su arquitectura acentúa las relaciones entre vivienda y naturaleza y la sobriedad en el empleo de los materiales de construcción. El premio se entregó el 31 de mayo pasado en el museo Guggenheim.

Siendo un arquitecto sensible al material madera hemos querido presentar en imágenes algunas de sus obras su obras con este material.

Fehn ha llegado a pulir su lenguaje arquitectónico gracias a una experiencia profesional que le ha llevado por diversos países (ha ejercido la docencia en Nueva York y Londres, y trabajó en París donde visitaba con frecuencia a Le Corbusier), pero quizás fue su estancia en Africa la que más le hizo calibrar, por contraste, lo que debe ser la adaptación de la arquitectura al medio. Aspectos todos ellos que han influido en su arquitectura. Culta por un lado y enraizada en el entorno, por otro.

Fehn no ha sido profeta en su tierra donde ha sido ampliamente criticado e incomprendido. Quizás este premio, el de mayor rango mundial, sirva para acallar esta mala imagen de su obra. Algo que él achaca al exceso de conservadurismo cultural. La arquitectura comprometida suele ser difícil de entender y la arquitectura vulgar, la más abundante, se beneficia por contraste de la crítica feroz que recibe la primera, dice el arquitecto. Y continúa, un edificio no puede esconderse, mientras un libro o una postal puede guardarse en un cajón

para no verse: no se pueden escribir edificios en papeles. El arquitecto danés es, como sus predecesores en el premio, un humanista, preocupado por la arquitectura como aportación a la cultura y al espíritu humano.

Especializado en museos defiende el diálogo con el pasado como medio para encontrar la precisa expresión del momento presente. El pasado y la naturaleza deben dialogar con la obra, la cual a su vez los modifica como las pisadas sobre la hierba transforman la naturaleza: el funcionalismo construyó sus primeros edificios en París pero descubrió que ya se habían construido con anterioridad en Argelia.

"La ciencia ha desplazado a la religión en el hombre actual; la única religión en este momento es la negación de la muerte. Por eso no se permite que los objetos mueran. Las ruinas no lo deben ser más y deben conservarse. Cualquier museo emplea hoy sumas fabulosas en cubrir y preservar esas piezas para impedir que mueran, alcanzando así un valor misteriosamente elevado".

La arquitectura debe ser la suma de dos impulsos. Uno lo forman los factores prácticos -solar, medidas, requerimientos funcionales- y otro los deseos

de los ocupantes -lo que les gusta o les ponen nerviosos- y emerge a través de una jungla de garabatos hasta alcanzar la forma adecuada. Sobre su villa Arne Bodtker (Oslo 1965) escribe: "El cliente disponía de tres tesoros: un solar con una vista extraordinaria, una magnífica colección de arte y una bellísima esposa. El resultado final fue el de tres formas triangulares. Así aquel hombre se podía sentar en el sofá viendo sus pinturas, contemplar el atardecer y mirar a su esposa sin girar la cabeza".

"El árbol es una extraña planta. En su esencia posee una magnífica y fuerte constitución y cada especie ha adquirido su propia forma. Un mundo de expresiones diferentes subyace debajo de un roble o un abeto.



to. Pero tienen de común su natural confrontación entre la tierra y el cielo. Y es en el punto de intersección, en el suelo, donde la planta alcanza su máxima sección constructiva. Desde ese punto sus brazos suben o bajan hacia su mínima expresión: las raíces hacia la oscuridad y sus ramas hacia la luz. Entre estos dos extremos nosotros encontramos las dimensiones del árbol que ha sido de utilidad para los hombres.

Contrariamente al acero o al vidrio, los hombres podemos tener la madera muy cerca de nuestra piel. La calidez que irradia, el temperamento que encierra, nos proporciona el privilegio de su compañía. El muro pertenece a la historia, el árbol a la eternidad.

*Cafetería en el Museo de los Glaciares.
Sognefjorden. 1991*

Villa Norrköping. Suecia 1964